

Características teológicas de la predicación homilética dominicana

Fray Miguel de Burgos, O.P.

Madrid, mayo 2006

1. Nuevos horizontes de la predicación

I.1. Nos debatimos en un mundo entre la Modernidad y la Postmodernidad. Ese es el mundo de nuestra predicación al que debemos conocer y con el que debemos dialogar (la Orden tiene una tradición irrenunciable de diálogo con la cultura), porque nuestra predicación debe ser hoy especialmente “dialógica”.

I.2. Las nuevas “Ágoras”, tomando el ejemplo de Hch 17, cuando Pablo predica la Resurrección y es rechazado, pone ante nosotros la necesidad de contar con esas “ágoras” agnósticas de creencias e increencias o de nuevas y extrañas experiencias religiosas. Es una manera de atender a la realidad del mundo de hoy, de los hombres y mujeres de hoy, que necesitan y viven en códigos nuevos de conducta y de comunicación. Esto, precisamente, no lo podemos desconocer los “predicadores” del evangelio. Hay que renovar, pues, nuestro lenguaje y nuestros modos de comunicación, llegando a los que P. Ricoeur llamaba las “expresiones límites” con una intensificación del mensaje teológico, espiritual, escatológico, etc. Debemos estar dispuestos a una cierta “transgresión” como decía también P. Ricoeur de nuestro lenguaje y de nuestra teología para poder llegar a los hombres de hoy que tienen “códigos nuevos” de escucha y comportamiento. Ello, sin renunciar a la verdad... como Pablo no renunció a decir “Anástasis” = resurrección, en medio de las “ágoras” paganas... que no querían otro Dios (ellos consideraron que era un “diosa”, pero se equivocaban, porque se trataba de la Vida verdadera que su antropología no les garantizaba).

I.3. La predicación tradicional debe dar paso (¡ES MUY IMPORTANTE!) a unas nuevas formas expositivas menos abstractas o deductivas; por el contrario, deben ser más kerygmáticas y narrativas como es la misma esencia de la Palabra de Dios, de la Escritura y el Evangelio especialmente, fuente de nuestra predicación. El hombre de la posmodernidad es muy de hoy, de ahora, de lo inmediato... no le interesa más que el presente – nada el pasado y poco el futuro-. Eso lo debemos tener en cuenta y el hoy de nuestra predicación o comunicación, el “hoy salvífico”, debe ser decisivo en el mensaje cristiano. Pero hay un pasado y un futuro como plenitud y eso no lo podemos callar... aunque debemos exponerlo con inteligencia y sabiduría.

I.4. Se ha de partir de la realidad de la vida, la de las comunidades litúrgicas que escuchan y celebran, no de las ideas previas que nos hemos hecho nosotros y que muy frecuentemente intentamos imponer.

I.5. Porque no se trata simplemente de “predicar”, sino de predicar a comunidades eclesiales que a lo mejor no están vivas, pero que necesitan la “fuerza vivificadora” de la Palabra de la predicación: «¡Ay de mi, si no predico el Evangelio!» (1Cor 9,16).

.6. Nos complace manifestar que el C. II de la Actas de Capítulo General de Krakowia nos ofrecen una reflexión de verdadera calidad y calado, y lo hemos tenido muy en cuenta, sin olvidar lo que los últimos Capítulos Generales ha ofrecido al respecto. Pero eso lo han de desgranar otros ponentes en este encuentro de Predicación, por ello no insistimos más que en la actualizante reflexión de Krakowia.

2. Predicación y teología

II.1. No es posible ignorar lo que se ha llamado la “fuga theologiae” que es uno de los dramas de la enseñanza en la Iglesia, en los presbíteros y encargados de pastoral. Se han buscado otros recursos, incluso necesarios, como las ciencias humanas, la antropología, la psicología de la experiencia, la estética de la religión... pero sin TEOLOGÍA se pierde algo necesario y fundamental en la misma predicación. La teología es el “alma mater”... de la comunicación cristiana.

II.2. ¿Qué teología? Han aparecido muchas teologías: (de la liberación, feministas, política, de la religiones..) que es propio del pluralismo religioso indiscutible e imponderable. Pero queremos hablar simple y llanamente de “teología cristiana” que es el misterio de Dios revelado en Jesucristo, que tiene una historia concreta en Galilea y Judea; crucificado y resucitado como esperanza de todos los pueblos.

II.3. Hoy debemos renunciar a una teología abstracta. La alternativa es la teología que embarga toda la predicación narrativa de Jesús, su modo de creer, de pensar y de actuar. Se habla hoy de GALILEA vs JUDEA. *Todo comenzó en Galilea* (cf Hch 10,37). ¿Qué significa?: lo nuevo vs. a lo de siempre; lo profético vs. a lo ritual. Ello supone una visión teológico-cristológica particular, considerando la marginalidad desde la que viene el mismo Jesús, como Galileo, frente a las estructuras político-religiosas dominantes tanto en Roma como en Jerusalén. Todo esto es un marco de referencia en las nuevas formas de predicación.

II.4. Todo obedece, pues, a la índole narrativa de la fe cristiana. El modo narrativo de confesar la fe en el conjunto del NT no se explica por el simple hecho generalizado de fenomenología religiosa, sino que es consecuencia del genio narrativo del mensaje cristiano. Se confiesa y comunica un acontecimiento. Por ello, la fe cristiana sólo se entiende, de verdad, rememorando una historia. Lo mismo que sucede en todo proceso individual de fe cristiana: son las intervenciones de Dios en la propia vida (vivas como experiencias fundantes) las que permiten al creyente narrarse (identidad narrativa) en clave de salvación.

II.5. Por tanto:

- Debemos predicar lo que fue la causa de Jesús: el Reino de Dios que le llevó a la muerte y resurrección. Eso es lo que ha de transformar el mundo, sus valores, sus

lágrimas, sus miserias. La predicación es teología narrativa, que no narra por narrar, sino para que acontezca el Reino de Dios en el mundo.

- Debemos reflexionar e interpretar antes de “narrar”, de predicar, pero siendo conscientes de que la causa de Jesús era la causa de su Dios, como Padre y la causa de todos los hombres. Al narrar, al predicar, no deberíamos perder de vista lo que nos dice Mc 1,14-15 como programa de Jesús y lo que ello implica.

- Debemos tener la convicción de que es necesario leer de una forma nueva, para nuestro tiempo, la Sagrada Escritura y la misma tradición de la Iglesia. Eso quiere decir que debemos situarnos previamente en una “actitud profética” (aunque no nos sintamos o seamos profetas); de lo contrario no podremos actualizar los acontecimientos narrativos de salvación que nos ofrece la Sagrada Escritura y el Evangelio en particular.

Por ello queremos ofrecer un texto del NT, concretamente de Lc 4,14-30 que venga a ser un ejemplo de eso que hoy llamamos “teología narrativa” y que nace en el ambiente universitario para hacerles comprender a los jóvenes quién era Jesús, como entendió a su Dios, con se abrió al Espíritu, como se enfrenta con la realidad de su pueblo y de su religión. Es un texto que puede servir para exponer o para prepararse en la manera de exponer en momentos determinados el mensaje del evangelio... sin teología desfasadas o pesadas... “narrar” debe ser hoy una forma de predicar. Este texto lo ofrecemos como APÉNDICE y se titula “**Una tarde en Nazaret**” y lo escribí yo personalmente con esa intención narrativa de predicar el mensaje.

3. Cómo debe ser la predicación homilética dominicana

III.1. Quiero gustosamente partir del “Principium” de Sto. Tomás, en su Licentia Docendi como Bachiller, expositor de la Sagrada Escritura en Paris (1256) quien, inspirándose en San Agustín, comenzaba así: «Hic est liber, ... eruditus *eloquens ita eloqui debet ut doceat, ut delectet, ut flectat*: ut doceat ignaros; ut delectet tediosos; ut flectat tardos». No olvidemos que Sto. Tomás fue un “teólogo-predicador”. Por tanto estas tres características deben establecer el sello de nuestra predicación: *enseñar, deleitar y conmover*. Son tres elementos fundamentales que lo dominicos no podemos perder: enseñar, deleitando... para conmover (que debe ser el fin de la predicación).

III.2. Pero, antes todavía, un aspecto previo: el carisma de la “*gratia praedicationis*”. Esto debe ser para nosotros la razón de nuestra vocación personal... para lo que hemos venido a la Orden: para predicar, porque en ella debe existir una fuente inagotable: la “*gratia praedicationis*” que nos entregó N.P. Sto. Domingo. No podemos perder de vista lo que esto supuso en los comienzos de la Orden y que muchos de los nuestros han puesto de manifiesto. Lo entiendo, sencillamente, como el carisma de predicar el Evangelio de la salvación. Que es un carisma de Sto. Domingo que pasa a sus hermanos.. es el tesoro de la “familia dominicana” (para no reducirlo exclusivamente a los frailes) para predicar, para llevar a la práctica la misión. Y es, a su vez, algo personal a lo que somos llamados desde ese carisma para enriquecerlo con nuestra tarea personal y nuestras vivencias comunitarias. Por ello, un predicador dominico no es

simplemente “un predicador” más, sino un predicador desde la “*gratia paraedicationis*”. Ello requiere decir que nuestra predicación debe tener un toque especial, un sello, una experiencia de base para ser “predicadores de la gracia y desde la gracia”.

III.3. Por todo esto, nuestra predicación debe llevar un sello especial, irrenunciable, que es eclesial, desde luego, pero que es concretamente dominicano, herencia de familia, de nuestros grandes predicadores de todas las épocas. La historia de familia debe ser, pues, para nosotros, memoria viva de la necesidad que tiene la Iglesia de la Orden en el mundo. Para eso nacimos en la Iglesia... y cuando no nos dediquemos a la predicación... tendremos que morir como Orden.

III.4. Debemos tener muy presente los dominicos que la predicación es la esencia de la misión profética de la Iglesia. Para ello fundó la Orden Sto. Domingo, para “arrancar” virtualmente a los Obispos este ministerio que les pertenece, pero que entonces “moría” en sus manos y en su incapacidad. No obstante nos debemos plantear la pregunta que hace el Cap. General de Krakowia al respecto: *¿Qué modelo de Iglesia construye nuestra predicación?* (cf. Cap. II). Desde mi punto de vista, la audacia de Sto. Domingo, que no quería ser un hereje, sino un hijo de la Iglesia, asumió un concepto de Iglesia como “comunidad” y es ahí donde nuestra predicación dominicana tiene todo su sentido. Esa es la teología eclesial de Vaticano II en todos sus aspectos desde el mismo concepto de “pueblo de Dios” (Cfr. *Lumen Gentium*, nn. 4, 8, 13-15, 18, 21, 24-25; *Const. Dei Verbum*, n. 10; *Const. Gaudium et Spes*, n. 32; *Decr. Unitatis redintegratio*, nn. 2-4, 14-15, 17-19, 22.). Y esa es la reflexión eclesiología que nuestro P. Congar ofreció en su tiempo y que es un “sello” que se vive en la Orden desde el mismo momento en que nuestro P. S. Domingo intuyó una Orden para la Predicación en la misma entraña de la Iglesia de Jesucristo.

III.5. PREDICAR: pero no de cualquier forma o de cualquier manera. Es verdad que la predicación cristiana no nos pertenece exclusivamente, se nos ha regalado en el carisma, se nos ha encomendado de forma especial... Y por ello le debemos una dedicación y una pasión que a otros no se les puede pedir.

III.6. El arte de comunicar y la predicación debe ser para los dominicos un signo de identidad, como lo ha sido siempre. “*Ut delectet*” El DELEITAR. Significa que debemos aprender a ser hermeneutas de los textos narrativos del evangelio para darles vida, no solamente literaria, sino catequética y espiritual. Jesús no inventaba esas hermosas parábolas sin reflexionar, buscar, orar...

III.7. El género homilético-litúrgico -que es sobre el que pretendo cargar las tintas por ser la predicación más decisiva hoy-, que no es ni un sermón, ni un panegírico, se encarna en la solemnidad y el sentido de la litúrgica, es decir, de la celebración de los misterios de nuestra salvación. Ello exige: unas claves exegéticas previas (para entender y hacer entender la Escritura o el relato bíblico); unas claves de actualización vital en nuestro mundo de hoy; unas claves litúrgicas específicas según la comunidad con la que celebramos para la que actualizamos la Palabra o el Evangelio.

III.8. Por tanto debemos ser teólogos en nuestra predicación-homilética, no quiere decir catedráticos (No es lo mismo dar clases de exégesis o de teología, que predicar exegética y teológicamente). Por eso, en nuestra predicación estamos llamados a “REPENSAR” el misterio de Dios, de Cristo, de la Iglesia como comunidad de salvación,

de la escatología como esperanza para la humanidad. Para ello debemos hablar de Dios a los hombres, usando técnicas exegéticas y hermenéuticas nuevas, pero todo ello con corazón y talante dominicano. Si la liturgia, pues, es una representación, no podemos predicar sin “representar” con veracidad la cátedra de Jesús resucitado, no nuestra cátedra personal o institucional por encima de la exigencia kerigmática del mensaje de salvación.

III.9. Debemos cuidar que nuestra predicación homilética descubra las claves que enseñen y conmuevan (*“ut doceat”- “ut flectat”*), porque debe ser salvífica y liberadora. Por ello no podemos predicar para condenar o encadenar conciencias con ideas moralizantes que no nacen de la entraña de la predicación de Jesús. Al contrario, debe ser un reto de la predicación cristiana y especialmente dominicana buscar la “verdad” del evangelio que libere las conciencias como Jesús hacía, según ese relato de Mc 1,21-28. Es decir, no podemos predicar como “los escribas”, porque entonces el Evangelio dejara de ser Buena Noticia para todos los hombres y mujeres. Los dominicanos no podemos predicar sin “repensar” la verdad que llegue al corazón del mundo de hoy... porque la verdad es para iluminar y conmover... Si la verdad no conmueve, entonces ello debe hacernos pensar que algo no va, o no vale para el hombre de hoy.

III.10. Nuestra predicación debe estar preparada, pero debe ser, ante todo, “profética”. Eso significa también que nuestras homilías, hasta que no sean predicadas, comunicadas, en una asamblea litúrgica y se vivan en una celebración no son verdaderas “homilías”. Porque a ello no solamente contribuye el predicador, sino la comunidad que siente la fuerza “salvadora de la palabra”. Esto es muy importante. No hay, desde luego, reglas infalibles, quien las ofrezca puede estar más o menos acertado en técnicas de comunicación... Pero nosotros debemos confiar, de verdad, en la “*gratia praedicationis*”. Como una partitura musical... mientras no se interpreta es como una música latente, pero no viva.

III.11. Nuestra predicación homilética debe estar impregnada de “parresía” (valor, coraje, entusiasmo). Si nos mostramos poco interesados, nuestra comunidad oyente y celebrativa no se interesará. Si, por el contrario, ponemos “parresía”, por Jesús, por el tema, por la actualidad del mensaje y por el juicio de valores que debemos presentar, entonces la comunidad experimentará la acción salvadora y liberadora de la Palabra de Dios.

III.12. Debemos ganar la confianza de la comunidad, como la ganó Jesús de la gente que le escuchaba, porque hablaba de Dios como nadie hasta entonces lo había hecho. Eso significa que les proponía cosas “nuevas”, que a veces escandalizaban. De ahí que podamos explicar el sentido de sus palabras: “nadie echa vino nuevo en odres viejos” (Mc 2,22) o “el sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mc 2,27). Esto debe explicarse en profundidad. Por tanto seamos lúcidos, creadores, con imágenes o situaciones que contagien interés. Despertar el interés es clave en la predicación: “es una palabra nueva, con autoridad” (Mc 1,27) y no como la de los “escribas”. Nuestra predicación dominicana no puede estar trillada de generalidades o de ideas inadmisibles hoy.

III.13. La predicación dominicana debe renunciar a ser “fundamentalista”, ya que sería una traición al Evangelio. El fundamentalismo no mira al futuro (no es simplemente conservar valores como algunos defienden), sino al pasado; no es liberador, sino que

exige un tipo de teología y de catequesis o de religión esclavizante. El Evangelio está lejos de nosotros en el tiempo, pero se sitúa “delante de nosotros” como horizonte que llama y que dialoga con “las Ágoras” de las creencias e increencias. Las Bienaventuranzas son nuestro programa de vida y el Evangelio el futuro de la humanidad. Es el juicio moral y escatológico sobre nuestros pecados, pero es la puerta de la salvación para todos los hombres, incluso los de la última hora, como se pone de manifiesto en la parábola de los obreros de la viña (Mt 20,1-16).

III.14. Finalmente no debemos ser predicadores con sermones “trillados” (teniendo en cuenta que la homilía no es un sermón, aunque el sermón dominicano –cuando se haga o se pida- debe tener las mismas aportaciones teológicas que la homilía). Los dominicos debemos ser originales, por carisma, en la predicación de la Iglesia. Por ello debemos tener el valor de “innovar” con fórmulas y teologías nuevas (que nunca dejen de ser cristianas, eso sí). Ahí es donde se juega “la verdad del evangelio” de la que habla Pablo en Gal 2 y que discute con Pedro y los de Jerusalén, frente a algunos que “espiaban” la libertad que el apóstol había encontrado en Cristo y había comunicado a sus comunidades: “para vivir en libertad, nos ha liberado Cristo” (Gal 5,1).

III.15. Reflexión final sobre estas enseñanzas de Gálatas aplicadas a nuestra predicación: La verdad del evangelio debe ser para nosotros una “pasión” como lo fue para Pablo que, sin romper la “comunidad” con Pedro y los de Jerusalén, emprendió otros caminos para fundar comunidades nuevas donde no se sintiera siempre espiado por los de Jerusalén. Era necesario para la Iglesia que así fuera y ello significó un impulso decisivo precisamente para que se manifestara que la Iglesia vive del evangelio. Ello exige, pues, a los dominicos y dominicas crear conciencia eclesial de comunión en su predicación, pero a la vez desde el impulso de lo profético, lo cual nos llevará e incluso exigirá ciertas rupturas ideológicas en fidelidad a la misma verdad de evangelio que debe ser irrenunciable, como lo fue para Pablo.